

Mi cuñada, Japón, incidente internacional

Ya estoy aquí otra vez, dudo que me hayáis echado de menos, yo a vosotr@s no. Tras esta breve introducción me gustaría proceder a narrarles una curiosa historia relacionada con mi cuñada.

Clara, a la que le quedan pocos meses para iniciar la treintena, la conoceréis muy pocos de vosotr@s ya que se trata de una persona muy introvertida, pero si os digo que ella es esa chica que os encontraréis por el camino a la ermita de Sant Ramón o por la rivera del río haciendo footing o running o trotando embutida en prendas fosforescentes y que lleva una bocina hidráulica que hace sonar con estruendo para apartar de su camino a perros, niños, abuelas e incluso a algún ciclista jubilado seguro que ahora a más de uno le ha venido a la mente, ¡-Anda si es la hijap*** esa!, Si ha sido así, no se hacen una idea de la que lió en Japón.

Todo se inició con Dragon Ball, a sus tiernos 13 años quedó embelesada por ese universo anime y desde entonces no ha hecho otra cosa que empaparse de esa milenaria cultura oriental, marcándose como objetivo futuro trabajar en la embajada española de Tokio. Hazaña que consiguió tras pasar 2 años como traductora en el consulado japonés de Barcelona, hasta hace 2 semanas que la despidieron con deshonor y un gran disgusto de los habitantes de un céntrico barrio de la ciudad.

Mi cuñada, al menos desde que la conozco, no hace muchos años, siempre se ha caracterizado por una exacerbada pasión por los nuevos proyectos que decide emprender, lo que viene siendo, "Como le dé por algo lo lleva al límite". Un par de ejemplos; mencioné más arriba que practicaba running o como narices se diga, pues bien esta afición le surgió hace un par de años por culpa mía y el amigo invisible del 2020. Situémonos en contexto, en pleno confinamiento mi madre tuvo la ocurrencia de celebrar un amigo invisible por Zoom con la sana intención de estar al tanto de los asuntos familiares, y de paso tocarle un poco las pelotas a los repartidores de Amazon que eran de los pocos que podían deambular por las desiertas calles del planeta. El caso es que fue la galopante mujer de mi hermano la agraciada con un gasto de 5 euros, que yo debía desembolsar para que recibiera mi sorpresa del amigo invisible el día 20 de abril del año del confinamiento.

Mira que hay artículos en el extenso catálogo de Amazon y yo elegí una caja de galletas de la fortuna, pensando que se trataba de una tradición japonesa y resulta que es China, que poco viajado estoy. Pues bien tras dos horas pegados a la pantalla de la tablet siguiendo la retransmisión del amigo invisible, mi madre insistió en que todos los participantes deberíamos desvelar el misterio que nos auguraban las galletas a cada uno de los familiares allí presentes, (entiéndase presentes como una metáfora impuesta por las restricciones Covid). Clara poseedora de la caja de la fortuna pasó a reventar galletas y a leernos a los 16 integrantes de la familia Sánchez- Bolívar, los misterios que éstas albergaban, yo aquí me limitaré a leer 2 o 3 que me llamaron la atención.

A mi hermana Almudena la cuñada le leyó la siguiente misiva, -Quien no quiera polvo, que no vaya a la era-. Todos excepto ella nos echamos una risa cómplice que quedó expuesta en la pantalla múltiple donde se proyectaban nuestros 16 rostros, ya que el mensaje llegaba con 18 años de retraso, cuando se quedó embarazada a los 15 años, engendrando al monstruo que tiene por hijo. Menos gracia nos hizo la ocurrencia de la galletita reservada a la suerte de nuestra madre, - Si te caes 7 veces levántate 8-. Que mala ostia y que poca fortuna, la mujer tiene Parkinson y pasa más tiempo en el suelo del que sería aconsejable. Y para finalizar la galleta que desencadenó el motivo de contar esta anécdota de la mujer de mi hermano y decía así; - si tus nalgas no quieres ver crecer ponte a correr-. Dicho y hecho, algo debió ocurrir en su perturbada mente que dedicó los siguientes meses a documentarse de todo cuanto debía realizar para evitar el vaticinio que le auguró una tontería de mensaje escrito en el interior de un trozo de hojaldre barato manufacturado en Turquía.

De haber sabido el extremo al cual era capaz de llevar su pasión por el ejercicio hubiéramos tomado las medidas pertinentes para no tener que realizar una colecta familiar y pagarle un psicólogo privado, si tan solo se hubiese limitado a comprar la ropa deportiva más cara en el mercado mundial, o lo del préstamo bancario para comprar 5 pares de zapatillas, incluso la contratación del Sport Coach Trainer más reputado del Reino Unido. Pero es que la muchacha se marcó como objetivo final vencer al Kilian Jornet en la ascensión nocturna al Montblanc a la pata coja.

Tal y como aconsejaba Pepe Rubianes en sus monólogos, el crédito que pedimos a La Caixa para pagar los honorarios del psicólogo evitó que la cosa fuera a mayores. De vez en cuando le llamaban al orden los agentes forestales, por la denuncia de alguna señora mayor sobresaltada por los bocinazos que profería traicioneramente a escasos centímetros de sus espaldas, con el fin de apartarlas de su paso como ya mencioné con anterioridad mientras se entrenaba por los bucólicos caminos rurales de nuestra ciudad.

Tras esta breve introducción los imagino expectantes por conocer el desenlace de la aventura nipona con la que mi cuñada asombró a esta sociedad tan conservadora y orgullosa de sus ancestrales costumbres, pero antes quisiera que recordasen el ímpetu con que reaccionó ante la lectura de un pareado escrito en el interior de una galletita de la fortuna, e imaginen ahora algo parecido pero con una afición desmedida al café.

Permítanme que me aparte un poco del desenlace de este escrito para narrarles a Grosso Modo, esto es latín y viene a significar; en pocas palabras,(ya veremos), de todos modos intentaré ser breve y conciso

pue les imagino expectantes por conocer el funesto desenlace oriental del organismo más execrable que ha mantenido relaciones sexuales con mi hermano.

Dicho esto, la criatura a la cual está dedicado este discurso parece ser que vivió una experiencia mística mientras se ejercitaba en una de sus ascensiones al monte Sant Ramón de doscientos y pico metros de altitud y situado en un pintoresco paraje de la ciudad de Sant Boi, en el área metropolitana de Barcelona. Trotaba ella una preciosa mañana de mayo cerca del camino de tierra que conecta con la ermita y que corona el sur del Baix Llobregat cual faro rutilante, cuando en un margen cubierto de hojarasca húmeda y putrefacta adivinó a ver hojas de otro tipo, y digo esto porque se trataba de un pequeño libro maltrecho pero aún legible. Sabiendo como cualquier samboyan@ aventurer@, que a pocos metros de allí se encuentra un pequeño y curioso punto de reciclaje de libros usados con forma de casita de cuento de hadas, decidió depositarlo allí por si a alguien le pudiera interesar. Culminada su ascensión a este fastuoso mirador en que se convierte la cima, emprendió la marcha sin pararse un segundo siquiera, a contemplar el curioso rito de apareamiento de la golondrina migratoria, (Hirundo rustica), y cuento todo esto por que 7 minutos después de iniciado el descenso volvió a aparecer el libro rescatado durante la ascensión, esta vez en mitad del polvoriento camino muy cerca de la font, no potable, de Golbes. Poco más necesitaba Clara para que pensara que aquello no se trataba de ninguna casualidad y que alguna disposición cósmica le había enviado una señal en forma de manual de bolsillo para convertirse en una catadora gourmet de todas las clases de cafés del mundo.

Y así es como nos encontramos en Akihabara el barrio tecnológico y comercial por excelencia de Tokio. Parece ser que mi cuñada en plena vorágine de conocimientos sobre el universo del café decidió hacer un experimento científico sin tener en cuenta las deficiencias enzimáticas de la población nipona.

Hubiese estado bien haber invertido algo de tiempo en investigar los rasgos básicos de la genética local, de este modo hubiese podido evitar el caos culinario en el distrito más poblado de la ciudad, 2 millones de almas orientales. En mi familia nos enteramos justo tras su deportación de Japón que evolutivamente la raza asiática, en concreto la concentrada en el archipiélago japonés, no disponía de la denominada enzima B12 que permite digerir y metabolizar la cafeína concentrada en el café, ocasionándoles terribles retortijones gastrointestinales si se diese el caso de ingerirla. Sin embargo están genéticamente bien adaptados a sintetizar el té y sus derivados. Podríamos compararlo con la deficiencia que presentaban los nativos americanos para metabolizar el alcohol que con tanta generosidad les obsequiaban los europeos, vamos, que durante milenios no habían destilado un centilitro de alcohol en sus vidas y de golpe y porrazo aparecen unos intrusos plateados y malolientes que les ofrecen el elixir de los Dioses en barra libre, así pillaban unos cólicos que pa que.

Pues los japoneses lo mismo, aislados en unas islas durante miles de años y con el café al otro lado del océano Pacífico en una tierra que no conocía ni Dios, y si a esto le añadimos lo delicados que son para comer cualquier pijadita, a diferencia de los europeos que han sido diseñados para comerse todo lo que se pueda masticar entenderán pronto el cabreo nipón hacia la mujer de mi hermano.

Vamos al desenlace de esta historia, estaremos de acuerdo en que no existe ninguna otra cultura más avanzada tecnológicamente a nivel urbano y doméstico que la japonesa, la domótica y la robótica están implantados en la sociedad japonesa a unos niveles inimaginables para un europeo. La mayoría de las casas son inteligentes tan solo programando desde el teléfono cualquier necesidad por pequeña que ésta sea, como por ejemplo, el reconocimiento por calor corporal para adaptar el chorro del videt a la temperatura deseada por el miembro de la familia que se siente en él. Por lo que no debemos extrañarnos que el 99% de los camareros de Kioto sean robots humanoides y justo uno de estos artilugios de razonamiento binario fue el elegido por mi cuñada para llevar a cabo un experimento sensorial y aromático. Justo a las 13:30 hora local, la ciudad entera sale a comer, todas las oficinas, talleres, pequeños y grandes comercios cierran sus puertas para que sus empleados coman. A las 13:32 minutos las amplias avenidas hierven de ordenados transeúntes que esperan pacientemente la luz verde del semáforo que les permitirá dirigirse a su izakaya preferido. Clara al igual que el resto de ciudadanos ha abandonado la embajada y se ha dirigido al restaurante donde será atendida por los androides más sofisticados del planeta. Una especie de batidora con el tamaño de un aspirador industrial recibe el mensaje que ha mandado desde su celular para ser atendida. El óvalo que tiene por cabeza articula un esbozo de tétrica sonrisa de luces led y en un metálico y perfecto japonés se presenta con toda la empalagosa ceremonia de bienvenida que jamás un camarero español ha ofrecido en su puta vida.

Y una vez delante del ventero biónico no se le ocurre a la mujer otra cosa que decirle al robot; - Quiero un café glacé con mezcla de colombiano, nigeriano e iraní en las proporciones siguientes, 15%, 30% y 55%, en taza de cerámica cocida de tierra sedimentaria del Cáucaso, Nada de vasos de cristal. 23cl de leche tibia de camella del Báltico en una jarra autotérmica a 19º, con un terrón de azúcar moreno de San Lucas de Barrameda y una plantilla con la silueta del monte Fuji para reproducir, espolvoreando sobre la espuma, con canela en polvo del corazón de las montañas tibetanas-.

La reacción que causó esta inesperada petición en el procesador del bicho de plástico fue inaudita. Ante la imposibilidad de decir que el artilugio no parpadeó durante dos minutos por motivos obvios, y con la intención de hacer una metáfora para describir la ausencia del más leve movimiento, diré que no se produjo ni un tintineo de las luces leds en todo su organismo robótico. Pasados esos minutos la cosa tomó otro

cariz, el trasto se iluminó con todos los colores del arco cromático y comenzó a parpadear como la sirena de un parque de bomberos, lo cual atrajo la atención de una copia tranquila del robot desquiciado. A base de – Bits bits- los dos robotijos deberían estar comunicándose pidiéndose explicaciones por este anómalo comportamiento. Al segundo ente no le pareció entender muy bien las explicaciones binarias de la comanda del café y al igual que el primero entró en pánico. A partir de ahí los acontecimientos comenzaron a desarrollarse de manera exponencial. Si tan solo los robots del restaurante hubiesen estado conectados entre ellos la cosa no hubiera trascendido a nivel internacional, pero por motivos que solo una mente educada y criada en aquellas latitudes conocía, las autoridades de Tokio habían decidido, vete tú a saber porqué, crear una intranet que conectara todos los robots de la ciudad relacionados con la hostelería, camareros, cocineros, lavaplatos, contenedores de residuos y drones de reparto. Todas estas andróminas, unas cincuenta mil solo en el barrio de Akihabara, dejaron de funcionar al unísono a las 13:37 horas de hace diecinueve días, y por ende dejando sin comer a dos millones de personas.

Visto en perspectiva no considero oportuno desvelar a mi familia, menos aún a mi cuñada, que yo fui el responsable del encuentro fortuito con el libro en el polvoriento camino a Sant Ramón. Es evidente que era consciente de que la aparición mágica de la guía de “ El perfecto catador de café”, causaría en mí impuesto familiar alguna reacción con la cual podríamos hacernos una risas más adelante, pero nunca pude imaginar que crearía un conflicto diplomático de esta envergadura.

